

Afectos que intimidan a la muerte

Liliana Del Rosso Beltramone



Capítulo 1

Afectos que intimidan a la muerte

Memorias que queman

El dolor, vestido de mujer, deambula silencioso por la vieja masía. A veces se escucha un suspiro tenue escaparse de unos labios pintados de soledad. (LdR)

Las dos mujeres recorren la casa revisando hasta el último detalle, los muebles cubiertos con gruesas sábanas de algodón, las habitaciones con llave. Al llegar a la cocina, Berta, se acerca a la ventana y observa, con más rencor que curiosidad, la nueva y lujosa urbanización que han construido enfrente de la puerta de entrada a la finca.

No pudo evitar recordar aquel último día...

Un suave golpeteo rítmico y acelerado, ella está picando cebollas. A su lado, una sartén con aceite caliente. Acerca la tabla y con el reverso del cuchillo ayuda a los pequeños trozos a caer. El aceite comienza a chisporrotear.

—Está demasiado caliente. Si se queman las cebollas se me amargarán también la comida. —Sus palabras resuenan en la habitación.

Berta reduce la intensidad de las llamas y agrega los cubos de beicon ahumado, revuelve durante unos segundos y lo quita del fuego. Coge un trozo de papel, del rollo de cocina, y se limpia las lágrimas.

—Malditas cebollas.

Junto al fregadero hay una canastilla con setas. Esa mañana las había cogido del monte mientras Luis, su marido, jugaba al tenis con la vecina.

Mientras busca en el cajón el cepillo para limpiarlas algo llama su atención y el corazón se le acelera. Inspira sobresaltada y exhala una bocanada de aire entrecortado; fija su mirada sobre un libro, "Guía ilustrada para identificar setas comestibles".

—Siempre he sido muy cuidadosa, hoy en particular.

Acomoda el libro dentro del cajón, lo cierra y continúa quitando la tierra y el resto de suciedades de las setas. Las corta en finas tiras y las deja apartados. El ruido de unas llaves, el golpe de la puerta al cerrarse y los

pasos acelerados quiebran el silencio de la casa.

—No me digas nada, ya sé que es muy tarde, ¡perdona! —Su marido llegó sudando, con el rostro enrojecido—. Tú ya sabes cómo es Teresa, no se deja colar ni una. —Se detuvo un instante de camino al baño, pero no entró en la cocina—. Cariño, lo siento, pero tenía que ganarle, perdona el retraso. ¿Qué has preparado? Huele estupendamente. Me voy a duchar y comemos.

Luis se pierde en el pasillo que conduce a los dormitorios. Berta vuelve a quedarse sola.

—He cocinado setas —susurra mientras termina de colocar los cubiertos en la mesa—, las cogí hoy mientras caminaba, sola, por el pinar al final de la carretera. Algún día deberíamos ir juntos, seguro que te sorprenderías

—¿Qué dices? No te escucho, estoy en la ducha.

—La comida ya está lista —le dice de viva voz.

Tres sonoros golpes resuenan, en el campanario de la iglesia del pueblo, que devuelven a la mujer a la realidad.

Sus ojos cansados, ya sin lágrimas, aún fijos en el pasado. Sus delgadas manos sostienen un vaso de agua, que no beberá. La acompaña en silencio, su amiga, su hermana, aunque no compartan la misma sangre, es su persona. Entre ellas siempre hay una sonrisa y una mirada de complicidad.

—Berta, ¿en qué piensas? No le des más vueltas al tema.

—No. No te preocupes estoy bien, solo pensaba en que nadie le avisó a Teresa. —Deja el vaso sobre la encimera junto a la canastilla vacía—. Debemos marcharnos o llegaremos tarde a la misa. —Se pone en pie y recompone sus negras vestiduras antes de encaminarse hacia la puerta...

El principio del fin – (Fragmento)

El primero de noviembre de 2009, día de todos los santos, nos vimos obligados a pasar página. Durante veinte años todos los veranos nos trasladábamos a Sant Sadurní d'Anoia, el pueblo natal de mi madre y mi tía. Tras la muerte del tío Luis la masía se cerró a cal y canto. Sus negocios inmobiliarios quedaron en manos de un gestor. Un enólogo francés y el administrador de la finca se hicieron cargo de dirigir la bodega

y las plantaciones.

Ya no había motivos para volver al pueblo.

Difícil decisión tomó la tía Berta, pero aún más complicado fue para mí aceptarla. Ella es de ese tipo de personas a las que llegas a comprender con el tiempo. Su aparente frialdad esconde una mujer solitaria, y no siempre por decisión propia. Con veinte y muy pocos años, sin haber terminado su licenciatura en empresariales, cogió las riendas de la empresa familiar, casi en bancarrota. Las abuelas y mi madre se dedicaban a viajar y asistir a eventos sociales mientras crecían los números rojos en el banco. Afortunadamente la tía Berta además de guapa era lista. Un par de contactos bien elegidos, un préstamo a bajo interés a pagar en muchos años y la empresa salió a flote.

Pero todo héroe tiene su talón de Aquiles. Mi madre dice que el tío Luis fue su único mal negocio y cuando se dieron cuenta ya era tarde. Tuvieron que solucionarlo de la mejor manera posible...

Viudas de profesión - Catherine Bonnet